

HENRIQUE MAXIMIANO COELHO NETO ADÁN Y CÍA.

*NOTA INTRODUCTORIA, TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DE
MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ*

Henrique Maximiano Coelho Neto (1864-1934) fue uno de los autores más populares y apreciados de Brasil en torno a 1900. Aunque fueron sus novelas más o menos costumbristas ambientadas en Río de Janeiro las que lo consagraron como escritor, fue realmente un autor ecléctico. Su realismo predominante no le impidió escribir narraciones fantásticas, fabulosas y incluso especulativas, en general breves. En ello no se apartaba de las prácticas habituales en las literaturas occidentales de su tiempo. Entonces no existía verdaderamente lo que hoy se considera, a veces abusivamente, narrativa de género. El mismo escritor famoso por reflejar la sociedad y la mentalidad coetáneas se solía interesar también por otras clases de universos ficticios, desde los legendarios de unas civilizaciones del pasado que podían ser reales (narrativa arqueológica) o inventadas y fabulosas (fantasía épica o alta fantasía *avant la lettre*, etc.) hasta un futuro conjeturado, objeto de anticipaciones narrativas que cabe considerar predecesoras directas de la ciencia

ficción como especie literaria reconocida con posterioridad. En Brasil, Coelho Neto fue uno de los mejores ejemplos de cultivo de una narrativa temáticamente ecléctica, al menos en su narrativa breve. A este respecto, destaca su volumen de artículos periodísticos y cuentos titulado *Lanterna mágica* [Linterna mágica], que publicó en 1898 con el seudónimo de Anselmo Ribas.

En el variado sumario del libro figura un curioso espécimen de folleto publicitario ficticio titulado «Nova companhia» [*Nueva compañía*], en el que atacó al sistema económico de su tiempo, que ya utilizaba ampliamente la publicidad para alcanzar sus fines de enriquecimiento financiero, aunque fuera a costa de cosificar a las personas. Ese ataque se vuelve general hacia la modernidad capitalista y tecnocrática, tanto como hacia sus supuestos enemigos socialistas que no hacen sino seguirle el juego en su esencia antihuman(ist)a, en otra ficción del mismo libro titulada «Adão & C.» [*Adán y Cía.*]¹, la cual apareció primero en la

¹ La traducción que sigue se basa en la edición original en libro: Anselmo Ribas, «Adão & C.», *Lanterna mágica*, Rio de Janeiro, Domingos de Magalhães, [1898], pp. 85-91. Como el texto original no parece haberse reeditado modernamente y tampoco parece estar accesible en internet, lo reproducimos, con la ortografía modernizada, a continuación de nuestra versión castellana.

primera página del diario carioca *O País* [El País] el 16 de julio de 1893, bajo el seudónimo de Caliban. En efecto, en el futuro imaginado por el autor, la disidencia consiste en reivindicar la monarquía como nuevo intento de remediar la pobreza de las masas en un sistema sociopolítico en que se glorificaba a los antiguos héroes de las reivindicaciones proletarias, como la heroína de la revolución parisina de la Comuna de 1871, Louise Michel (1830-1905), es venerada como una santa, igual que otras figuras hoy menos célebres del obrerismo decimonónico. Sin embargo, ese socialismo oficial coincide con una continuación del capitalismo financiero que, sin cambiar de esencia, finge supeditarse al orden socialista, que el que domina lo que hoy llamamos el «relato» público. Los lectores podrán ver, o no, las analogías con la situación actual en un mundo en el que los plutócratas se reúnen cada año en Davos para defender teorías que parecen socialistas y criticar el ultraliberalismo capitalista que ha engordado, y sigue engordando, sus cuentas personales y las de sus empresas. Coelho Neto denuncia esta contradicción con todo su sarcasmo de una manera que creemos excepcional en su época, en la que abundaban más bien las anticipaciones en que capitalismo y socialismo se enfrentaban a muerte, por ejemplo, en *The Iron Heel* [*El talón de hierro*] (1908), de Jack London (John Griffith Chaney, 1876-1916). Por desgracia, Coelho Neto no amplía este panorama ni lo explica, seguramente porque el objeto de su ficción es otro. Esta parte sociopolítica parece ser una simple introducción contextual al cuadro de costumbres del porvenir que constituye el texto.

«Adão & C.» no es propiamente un cuento, con su planteamiento, trama y desenlace, sino más bien la reproducción por medios literarios de una escena de la vida cotidiana del futuro centrada en el asunto

sugerido por el título, esto es, el estatuto del ser humano y la reproducción de la especie en esa sociedad del porvenir. Adán es el progenitor de la humanidad según el mito hebreo de los orígenes narrado en la Biblia. En el futuro, es una empresa que se dedica a fabricar y vender bebés en grandes almacenes, unos bebés que se ofrecen en un amplio y variado surtido y que las parejas adquieren teniendo en cuenta sus circunstancias y, sobre todo, los dictados de la moda. Estos hijos sujetos a compraventa y devolución, como si fueran un producto cualquiera, son tan artificiales como las parejas de futuros padres que los adquieren con la superficialidad flagrante de su consumismo. Este se muestra mediante el diálogo típico de la pareja compradora en el almacén gigantesco de niños propiedad de la compañía adánica que constituye el centro de la economía tanto del texto como del mundo representado del año 2500 cuyas costumbres describe Coelho Neto. Muchos de sus habitantes que parecen humanos son realmente cosas. Se trata de autómatas, de muñecos de cuerda que imitan los usos y costumbres de la antigua humanidad de carne. Es más, no se sabe realmente si quedan hijos de madres biológicas. El orador que aparece al final y ataca la artificialidad de los sentimientos y de la reproducción de los seres artificiales es tal vez, pese a sus afirmaciones, otro autómata y en cualquier caso lo son quienes lo siguen, quienes secundan su grito contra los falsificadores de personas de Adán y Cía.

Este final ilustra claramente la manera en que los productos del sistema se suman a la lucha contra él, quizá hasta creyendo que lo hacen sinceramente, pero demuestra en realidad la contradicción intrínseca que entraña tal oposición. No obstante, Coelho Neto deja margen a la ambigüedad en esta ficción suya que nos pinta, con procedimientos discursivos variados e innovadores un futuro que hoy nos

puede parecer más pertinente de lo que pudo ser en su época, también por lo que tiene «Adão & C.» de creación ficticia que anuncia las hipótesis posthumanistas de la ciencia ficción contemporánea y, más directamente, el mundo de androides de *R.U.R.* [*R.U.R.*] (1921), de Karel Čapek (1890-1938). De este modo, Coelho Neto, un autor preterido por los corifeos del Modernismo vanguardista brasileño debido al conservadurismo literario de sus novelas entonces más populares, ha acabado resultando más actual que esos *modernistas* que copan aún los manuales de la literatura brasileña. Aunque «Adão & C.» solo sea un detalle en su obra, justifica que lo podamos leer como nuestro contemporáneo, más allá de las alusiones a fenómenos varios de su época. Esto no extrañará sino a quienes aún crean que las incursiones en la ficción especulativa por parte de escritores

generalmente *realistas* son meras anécdotas en su producción, o a aquellos que tengan por imposible que la ciencia ficción pueda encontrar expresión interesante en géneros tan ligados tradicionalmente a la cotidianidad de nuestro mundo primario como lo suele estar el del cuadro de costumbres, sobre todo si no se conoce la obra de costumbristas de anticipación tan importantes como el francés Émile Souvestre (1806-1854) y el español Antonio Flores (1818-1865). Ambos distinguieron en el capitalismo de su tiempo los gérmenes del capitalismo de nuestro siglo, aunque ninguno de ellos alcanzó ni la radicalidad ni la clarividencia posthumanistas de Coelho Neto, aunque sí coincidieran con él en lo relativo a su amplio recurso a una ironía acerada que subyace a la aparente superficialidad de su planteamiento.

HENRIQUE MAXIMIANO COELHO NETO

ADÁN Y CÍA.

Hijos de ambos sexos
Precios reducidos

Transcurre próspero el año 2500 de la igualdad humana. Son los últimos días de febrero, el mes antes truncado y hoy favorecido con cuatro días más, para compensar las extorsiones del calendario gregoriano, que apenas le daba 28 días, con raros extras de 29, mientras que los demás ostentaban orgullosamente 30 y 31 días. Domina el partido socialista (el pueblo es rey, aunque decir rey es una forma de hablar), y el capital, humillado y perseguido, se esconde avergonzado en las cajas de ahorros y erarios para no despertar el odio de los proletarios y la saña de la dinamita y la melinita.

Las calles son oscuras y turbias, porque los rayos del sol apenas pueden cruzar la telaraña enredada de cables telefónicos, telegráficos, fonográficos y de tráfico eléctrico, y de rieles de los tranvías aéreos y de redes de paracaídas para la salvación de las víctimas de los aeróstatos, y todo lo demás que la civilización ha inventado hasta el día de hoy para tristeza del mundo y tedio de las almas.

Los hombres circulan en bicicleta, pitan los tranvías, retumban bombas revolucionarias, ruedan por tierra palacios de cartón, detonan revólveres de suicidas y mujeres de goma, elegantes y airosas, pasean del brazo de dandis susurrando con voz nasal sobre los acontecimientos políticos y las primeras violetas

hasta el inevitable síncope; luego se recogen a las farmacias para una nueva dosis de cuerda. En las plazas, multitudes irritadas en torno al púlpito de los mítines gritan y aplauden las propuestas de oradores rojos que protestan contra el socialismo, forma política caduca y opresora, y piden la rehabilitación de los reyes como medio práctico para combatir la crisis que aflige al cuarto estado porque, a pesar del pleno régimen social, hay hambre como en los tiempos oscuros de Sadi Carnot y de la *Queen*, citados por los maestros de historia.

En los templos, casas de comunión social, la imagen de San Ravachol, el mártir, en una nube de humo, haciendo volar el café de París, atrae la atención de los creyentes estupefactos. Santa Luisa Michel, de púrpura, con una antorcha en la mano izquierda, lanzando una bomba con la mano derecha, es la patrona de las madres de familia; Lisbonne, el milagroso propagandista, brilla entre velas y patatas fritas, y grandes retablos representan huelgas, mostrando el segundo éxodo de la familia humana a través del oro de los Rothschild y las bayonetas de los reyes.

Paz completa. Las industrias florecen y el comercio, sin sujeción al cambio, prospera por todo lo alto y en abundancia; por la tarde, los prebostes reparten entre los pobres la mitad de las ganancias de los mercados y guardan una buena parte para sus respectivos peculios.

No queda nada por descubrir. Gira el movimiento continuo, está probada la

cuadratura del círculo y la piedra filosofal trasmuta el latón más vil en oro brillante. Se viaja a los confines astrales como en el siglo XIX los bárbaros tomaban un tren lento, impulsado por vapor, para asar patatas en las brasas por San Juan o beber zumo de caña de azúcar en Paty de los Alferes durante la cosecha de caña. Hay un gran hotel de verano en la Luna y prospera el centro de patinadores; en el sol hay un sanatorio para los tísicos y de ahí viene el pan porque, tras la conquista del centro del sistema, los hornos cayeron en el olvido.

Pero entremos en este inmenso bazar, con cien puertas, como Tebas.

Es el centro comercial más notable de Río de Janeiro, el establecimiento de Adán y Cía., fabricantes de niños de ambos sexos.

Es una gran sala abovedada con armarios grandes hasta el techo. En ella dan vueltas, apresurados, mil doscientos empleados que ni aun así dan abasto con los pedidos. Adán y Cía., como dioses venerables, ocupan un estrado alto en el fondo de la casa, entre hileras contables. La multitud se atropella, señoras que desean ser madres, caballeros que desean ser padres, toda la ternura social en busca de un sucedáneo. Y los empleados abren vitrinas, desembalan cartones; hay un ruido de vagidos que aturde, millones de críos rubios, de ojos negros, blancos, morenos, de diferentes fábricas, algunos del taller acreditado de Salomé, Tronchat y Cía., regordetes, encarnados, unos que dicen con infinita gracia «papá..., mamá...», otros de Bruselas, perfeccionados, que mascullan «¡demonios!» y piden cosas a los compradores; unos casi raquíuticos para madres de pocas fuerzas, otros con apetito moderado, que se contentan con media taza de leche, para parejas de escasos recursos. Niños bien criados, chicos llevados por los demonios, ángeles, críos terribles... de todo para todos los gustos. Es el ideal del progreso. Hay una joven pareja

hablando con el dependiente, que ya tiene en el mostrador una docena de niños que sacuden los brazos y dan vagidos, y a todos ellos, solícito y atento, da el biberón. Unos maman, otros, más crecidos, piden pan; el pobre hombre, aturdido, se pone a repartir azotes. Pero oigamos a la pareja.

Ella es debilucha y se ve que, a lo sumo, podría con un ramo de rosas. Quiere un pequeñuelo delicado, no porque sea más barato, sino por ser más ligero. Él no, prefiere un crío robusto y encarnado, un pequeño titán con grandes mejillas que duerme en su caja de cartón, entre encajes, agarrado golosamente al biberón. Ella insiste en el delicado y lo toma en sus brazos, le hace sonreír, le pregunta si conoce a mamá. Y el pequeño ríe, sin dientes, con sus encías muy coloradas.

—¿Cuánto cuesta este? —inquire la joven esposa enternecida.

—Mil reales —dice el dependiente.

—Oh —hace un mohín—, tan anémico... Y ni siquiera tiene el pelo rizado.

—Eso se puede arreglar, señora.

—¿Y el gordo? —pregunta obstinado el marido.

—Dos mil quinientos.

—¡Aúpa!

—Ah, pero mire... —y entonces despiertan al regordete— Vea qué niño; es un niño... —y el niño berrea desesperadamente... — Mire...

—No, dos mil.

—No quiero ese crío. Es demasiado pesado. ¡Puedo con el otro! —exclama la esposa.

—¿Por qué no se lleva una niña, señora...? Es la última moda. Tengo ahí unas lindísimas.

—¿Niñas...? —vacila, pero pronto recuerda las palabras del dependiente:

—¿Es la última moda?

—Sí, señora —y le abre ante los ojos las páginas de un figurín y ella se inclina para mirar, y dice risueña:

—Ah sí, quiero una niña.
 —Hija, una niña... Da tanto trabajo...
 —¿Da trabajo?! Entonces tengo que irme con un niño cuando la moda... Mira —y él se inclina vencido por la lógica de su esposa.
 —Vamos —y mientras el dependiente va a buscar cajas de otro sexo, él cuchichea:
 —¿Y cuando pase la moda...? Sabes que no dura mucho.
 —Con devolverla, como hacen las demás...
 —Está bien.

Y por la noche, en la recepción, la joven invitada lleva a su amiga íntima a la alcoba:

—Tengo una sorpresa —y descubre la cuna—. Mira... —y la otra responde, extasiada, juntando las manos:

—¿Qué cosa tan linda! ¿Dónde la compraste?

—En Adán. Y mira, es una niña.

—Sí, una niña. Eso es lo que está de moda ahora: niñas rubias. Pero ya se dice que no va a tardar la moda de los niños flacos.

Y la novia se muerde los labios, acordándose del bebé delicado que tanto le agradaba... ¡Ah, los hombres, los hombres!

Transcurre el próspero año 2500 de la igualdad humana. Últimos días de febrero: un mitin. El orador, un viejo calvo de chaqueta corta, habla de la felicidad:

—¿Queréis saber, ciudadanos, por qué aborrecéis la vida? ¿Queréis saber por qué os refugiáis en el suicidio? Os lo digo yo, el mundo es un cuerpo vivo y, como todo cuerpo viviente, precisa de alma y extinguisteis el alma

del mundo al volver inútil el amor. ¿Queréis saber por qué soy feliz en medio de la desgracia que me rodea, queréis saber por qué todavía río, a pesar de los años de vejez que me matan? Conocí a mi madre... No me compraron en una tienda, no procedo de Adán y Cía., procedo del beso.

Y al mirar hacia abajo, descubrió entre la multitud un hombre anuncio con un gran cartel que bajaba de sus anchos hombros hasta los pies con letras negras que decían:

ADÁN Y CÍA.

GRAN CASA IMPORTADORA

Única en su género

Surtido completo de niños de ambos sexos

PRECIOS INIGUALABLES

ADÁN Y CÍA.

El orador montó en cólera. Los cinco mechones de pelo que le quedaban en la calva estaban erizados como lanzas y su voz estridente tronó desde la tribuna:

—¡Habéis matado el amor con vuestros excesos de civilización! ¡Vivid, muñecos de cuerda! ¡Vivid de vuestro mecanismo! Sois todos de esa casa, procedéis de las manos de los industriales, no tenéis ideal, no tenéis corazón...

Y, avanzando de improviso contra el hombre anuncio, vociferó:

—¡Acabemos con él! Acabemos con la firma de falsificadores de personas.

Y el pueblo de autómatas siguió al orador, que volaba pese a su edad venerable:

—¡Abajo Adán y Cía.! ¡Abajo los falsificadores de personas!

.....
²

² En la primera edición de *O País* figura una frase más tras el puntillado, que traducimos como sigue: «Ahí está lo que se gana leyendo a Hoffmann... un desvarío como este». (*Nota del traductor.*)

HENRIQUE MAXIMIANO COELHO NETO

ADÃO & C.

Crianças de ambos os sexos
Preços reduzidos

Vai correndo próspero o ano 2500 da igualdade humana. Últimos dias de fevereiro, o mês antigamente truncado e hoje favorecido com quatro dias a mais, para compensação das extorsões do calendário gregoriano que lhe dava apenas 28 dias, com raros extra de 29, enquanto os outros ostentavam orgulhosamente 30 e 31 dias. Domina o partido socialista (é rei o povo, rei é um modo de dizer), e o capital, humilhado e corrido, esconde-se vergonhoso nas caixas económicas e nos erários para não despertar o ódio dos proletários e a sanha das sociedades de dinamite e da melinite.

As ruas são escuras e turvas, porque mal os raios do sol conseguem atravessar a emaranhada teia dos fios: telefônicos, telegráficos, fonográficos, de viação elétrica, e os trilhos dos bondes aéreos e as redes paraquedas para salvação das vítimas dos aeróstatos e tudo mais que a civilização tem inventado até hoje para tristeza do mundo e tédio das almas.

Os homens circulam em bicicletas, tramways apitam, estrondam bombas revolucionárias, rolam por terra palácios de papelão, detonam revólveres de suicidas e mulheres de borracha, elegantes e airosas, passam pelo braço dos dândis sussurrando fanhosamente sobre os acontecimentos políticos e sobre as primeiras violetas até a

síncope inevitável; são então recolhidas às farmácias para nova dosagem de corda. Nas praças, aglomerações assanhadas em torno do púlpito dos meetings bradam e aplaudem as propostas dos oradores vermelhos que protestam contra o socialismo, forma política caduca e compressora, e reclamam a reabilitação dos reis como meio prático de combater a crise que aflige o quarto estado porque, a pesar do pleno regime social, há fome como nos tempos escuros do Sadi Carnot e da Queen, citados pelos professores de história.

Nos templos, casas de comunhão social, a imagem de S. Ravachol, o mártir, numa nuvem de fumo, fazendo voar o café de Paris, atrai a atenção dos crentes embasbacados. Santa Luisa Michel, de púrpura, com um facho na sinistra, atirando uma bomba com a destra, é a patrona das mães de família; Lisbonne, o miraculoso propagandista, resplandece entre círios e batatas fritas e grandes retábulos representam greves, mostrando o segundo êxodo da família humana através do ouro dos Rothschilds e das baionetas dos reis.

Plena paz. As indústrias florescem e o comércio, sem a sujeição ao câmbio, vai prosperando pela alta e pela abundância; á tarde prebostes distribuem com a pobreza a metade dos lucros dos mercados e guardam uma boa parte para os seus respetivos pecúlios.

Não há mais nada a descobrir. O motu continuo gira, está provada a quadratura do círculo e a pedra filosofal trasmuda o mais

vil latão de tacho em ouro reluzente. Viaja-se para os confins astrais como no século XIX os bárbaros iam morosamente, num lento comboio, movido a vapor, para Sapopemba assar batatas nas cinzas, pelo S. João, ou beber garapa no Paty dos Alferes durante a colheita de cana. Há na lua um grande hotel de verão e floresce o centro dos patinadores; no sol há um sanatório para os tísicos e de lá é que vem o pão, porque com a conquista do centro do sistema, os fornos caíram em esquecimento.

Mas entremos aqui neste bazar imenso, de cem portas, como Tebas.

É o mais notável empório comercial do Rio, o estabelecimento de Adão & C., fabricantes de crianças de ambos os sexos.

É uma sala vasta e abobadada, de grandes armários que sobem até o teto. Giram por ela, azafamados, mil e duzentos caixeiros que ainda assim não bastam para as encomendas. Adão & C., como deuses veneráveis, ocupam um alto estrado no fundo da casa, entre alas de guardalivros. A multidão atropela-se, senhoras que desejam ser mães, homens que desejam ser pais, toda a ternura social á cata de um derivativo. E os caixeiros abrem vitrinas, desembulham cartões, há uma zoadá de vagidos que atordoá, milhões de petizes louros, de olhos pretos, pálidos, morenos, de diferentes fábricas, uns da acreditada oficina de Salomé, Tronchat & C., rechonchudos, corados, dizendo, com infinita graça «Papá... Mamã...», outros de Bruxelas, aperfeiçoados, que resmungam «Diabo!» e pedem cousas ás compradoras; alguns franzinos para mães de poucas forças, outros com apetite moderado, contentando-se com meia xícara de leite, para casais de escassos recursos. Crianças bem-criadas, meninos levados dos diabos, anjinhos, petizes terríveis... de tudo para todos os gostos. É o ideal do progresso. Ali está um jovem casal discutindo com o caixeiro que já tem sobre o balcão uma dezena de crianças

que agitam os bracinhos, vagem e a todas elas, solícito e cuidadoso, vai dando uma mamadeira. Algumas chucham, outras, mais taludas, pedem pão; o pobre homem, atordoado, entra a distribuir palmadas. Mas ouçamos o casal.

Ela é franzina e vê-se que poderá, quando muito, com um ramo de rosas, quer um pequenino tenro, não porque seja mais barato, por ser mais leve apenas; ele não, opta por um petiz reforçado e vermelho, um títanzinho de grandes bochechas que dorme no seu cartão, entre rendas, agarrado gulosamente á mamadeira. Ela insiste pelo franzino e toma-o nos braços, provoca-lhe o sorriso, pergunta-lhe se conhece mamã? E o pequenino a rir, sem dentes, com as gengivas muito coradas.

—Quanto custa este? —indaga a jovem desposada enternecida.

—Um conto de reis —diz o caixeiro.

—Oh! —faz ela com um momo—. Assim anêmico... E nem ao menos tem os cabelos em cachos.

—Isto manda-se arranjar, minha senhora.

—E o gordo? —indaga o marido teimoso.

—Dois contos e quinhentos.

—Upa!

—Ah, mas veja... —E lá acordam o rechonchado—. Veja quê criança; é um menino... —E o menino escancara a goela desesperadamente—. Veja...

—Não, dois contos.

—Eu não quero esse pequeno. É muito pesado. Posso lá com isso! —brada a desposada.

—Porquê não leva uma menina, minha senhora...? É a última moda. Tenho aí lindíssimas.

—Meninas...? —hesita, mas logo lembrando-se das palavras do caixeiro:

—É a última moda?

—Sim, minha senhora —e abre-lhe diante dos olhos as páginas de um figurino e ela debruça-se a olhar e risonha:

—Ah, sim, quero uma menina.

—Oh, filha, uma menina... Dá tanto trabalho...

—Dá trabalho?! Então eu hei de sair com um menino quando a moda... Olha aqui —e ele curva-se vencido pela lógica da esposa.

—Vá lá —e enquanto o caixeiro vai buscar cartões de outro sexo, ele segreda:

—E quando acabar a moda...? Sabes que isso não dura muito.

—Vai para a roda, como as outras fazem.

—Está bem.

E á noite, na receção, a jovem convidada convidando a amiga íntima para a alcova:

—Anda ca. Tenho uma surpresa —e descobrindo o berço—. Olha... —e a outra, extasiada, juntando as mãos:

—Que lindeza! Onde compraste?

—No Adão. E nota que é uma menina.

—É, sim, uma menina. É o que está em moda agora: meninas louras. Mas já se diz que não tarda a moda dos meninos magros.

E a jovem desposada trinca os lábios lembrando-se do tenro infante que tanto lhe agradara... Ah, os homens, os homens!

Vai correndo o próspero ano 2500 da igualdade humana. Últimos dias de fevereiro: meeting. O orador, um velho calvo, de japona, discorre sobre a felicidade:

—Quereis saber, cidadãos, porquê aborreceis a vida, quereis saber porquê vos refugiais no suicídio? Eu vos digo: o mundo é um corpo vivo, e como todo corpo vivo, carece de uma alma e vos extinguistes a alma do mundo

inutilizando o amor. Quereis saber porquê sou feliz na desgraça que me cerca, quereis saber porquê ainda rio, apesar dos anos velhos que me abatem? Eu conheci a minha mãe... Não fui comprado numa loja, eu não vim do Adão & C., vim do beijo.

E, como baixasse a olhar, descobriu na multidão um homem sandwich com um grande cartaz que lhe descia dos largos ombros até aos pés onde letras negras diziam:

ADÃO & C.

GRANDE CASA IMPORTADORA

Única no género

Sortimento completo de crianças de ambos os sexos

PREÇOS SEM IGUAL

ADÃO & C.

O orador teve um arranque de cólera. Os cinco fios de cabelo que lhe restavam na calva ficaram hirtos como lanças e a sua voz estentórica trovejou da tribuna:

—Matastes o amor com os vossos requintes de civilização! Vivei, bonecos de mola! Vivei do vosso mecanismo! Sois todos daquela casa, vindes das mãos dos industriais, não tendes ideal, não tendes coração...

E, avançando inopinadamente contra o sandwich, vociferava:

—Acabemos com ele! Acabemos com a firma dos falsificadores de gente.

E o povo de autómatos seguiu o orador que voava, apesar dos seus anos veneráveis:

—Abaixo Adão & C.! Abaixo os falsificadores de gente!

.....
.....³

³ En la primera edición de *O País* figura una frase más tras el puntillado: «Aí têm o que se ganha com a leitura de Hoffmann... um desvairamento assim». (*Nota del editor*.)